

tantes tuvieron con el gran visir Reschid: «¡Lo que merece Mehemet Ali es esto!» y diciéndolo apagó una bujía de un soplo. El 11 de setiembre abriéronse las hostilidades con el bombardeo de Beirut por el almirante inglés Stopford y la escuadra austriaca á las órdenes de Bandiera, bombardeo que dejó la ciudad arruinada en cuatro dias, si bien el comandante egipcio Soliman no la evacuó hasta el 9 de octubre. El 14, un edicto del sultan declaró destituido al virey rebelde; el 26 tomaron los aliados á Saida, y el 4 de noviembre el comodoro inglés Carlos Napier ocupó á San Juan de Acre despues de un bombardeo formidable. Al propio tiempo

levantáronse los maronitas (establecidos en las laderas del Líbano principalmente), amenazando á las fuerzas egipcias por el flanco. En esta situacion no quedó á Ibrahim mas recurso que abandonar á toda prisa la Siria y retirarse al Egipto, y Mehemet Ali tuvo que renunciar á su soñado imperio sirio-arábigo-egipcio.

Este final vergonzoso aumentó la agitacion en Francia hasta el último grado: la renta iba bajando; Thiers mismo atizó disimuladamente el ardor bélico de los franceses para aterrorizar al extranjero, y al propio tiempo continuó con actividad febril los armamentos. Dejó entrever que para



Guizot.—Copia de un retrato pintado por Pablo Delaroche

ahorrar á la Alemania los horrores de la guerra atacaría al Austria por el lado de Italia, y en la corte de Cerdeña probó todos los recursos, las promesas y las amenazas para hacerla propicia. Todo esto no produjo ningun efecto en el ánimo de Palmerston, que dispuesto siempre á hacer al gobierno francés puente de plata, no retrocedió una línea de sus propósitos y procuró convencerle de que había errado el camino. Escribió á Bulwer, embajador de Inglaterra en París: «Uno de los errores de Thiers parece ser la creencia de que podrá atacar al Austria sin entrar en colision con las otras potencias. Desengáñele V. y hágale comprender que Inglaterra no tiene la costumbre de abandonar á sus aliados y que yo no tengo la menor duda de que si la Francia ataca al Austria por este convenio, la Prusia y la Rusia caerán sobre ella;» y despues de la toma de San Juan de Acre escribió al mismo embajador: «Vea V. si puede convencer al rey y á Thiers de que han perdido la partida y de que

sería tonto alborotar por eso el cotozar.» Para bien de todos, no cesó de hacer esfuerzos generosos para evitar que el gobierno francés se precipitara y lanzara á empresas locas como la ocupacion de Ancona ó protestase contra la intervencion de las potencias y la suerte que cupiera á Mehemet Ali, pues que semejante conducta haría imposible toda reconciliacion. A estos esfuerzos se debió que el gabinete francés empezase á recobrar su calma y buen criterio. Comprendió que había procedido con demasiada ligereza y que el Egipto no podía compensar á la Francia los daños que recibiría si se hiciese su campeon, ni servirla de apoyo sólido en una guerra europea.

Era, sin embargo, doloroso retroceder, y por lo pronto esta necesidad originó una crisis ministerial; pero por mucho que el rey deseara desembarazarse del ministerio y deshacer la coalicion en la cámara, no dejó de conocer que el momento no era á propósito para tales evoluciones, y fué preciso en-

contrar una salida honrosa para justificar á los ojos del país la continuacion del ministerio en su puesto á pesar de su cuarto de conversion, y como para todo hay remedio, conviéndose en retirar la escuadra del teatro de la guerra con el pretexto de no provocar una colision y declarando solemnemente caso de guerra todo ataque al Egipto, pura farsa porque nadie pensaba en tal cosa. Para mayor satisfaccion de los franceses el gobierno reunió una formidable escuadra en el puerto de Tolon, continuó activamente los armamentos y convocó las cámaras para el 28 de octubre, acortando así el plazo fijado anteriormente.

Además proyectó una empresa verdaderamente filibustera con la cual contaba contentar á los franceses completamente. Algo sospechó lord Palmerston, y creyó que la escuadra que el gobierno francés reunía en Tolon estaba destinada á bloquear á la rusa en el Báltico para impedir que penetrara en el Mediterráneo, pero se equivocó, porque el plan era apoderarse por sorpresa de las Baleares, ya para tener este punto de apoyo para el caso de una guerra, ya para sacar de lo perdido algo, aunque lo pagase España, con la cual la Francia nada tenía que ver, fuera del intento de crear dificultades al nuevo gobierno liberal que con Espartero había llegado al poder, y disminuir así la preponderancia de la influencia inglesa en Madrid.

La reina madre María Cristina se había separado de los liberales, acaudillados por Espartero, retirándose á Valencia, donde, viendo su causa perdida, abdicó en 10 de octubre de 1840 y se embarcó para Francia. Luis Felipe la recibió en París con grandes honores y agasajo, y las cortes españolas nombraron á Espartero regente del reino.

El golpe contra las Baleares no se dió porque el ministerio Thiers dimitió el 20 de octubre, á consecuencia de haberse negado el rey á aceptar el discurso del trono redactado por sus consejeros, por ser demasiado belicoso. Esta vez tenía ya á mano un nuevo ministerio, en el cual bajo la presidencia de Soult se encargó de la cartera del Exterior Guizot, cuyas tendencias pacíficas constaban á Luis Felipe. El 29 de octubre juró el nuevo gabinete y el 5 de noviembre abrió el rey las cámaras con un discurso pacífico. La contestacion de los diputados, despues de calurosos debates, que en el fondo fueron una batalla oratoria entre Thiers y Guizot, y despues de la gritería obligada de la prensa, correspondió al espíritu del discurso de la corona.

Equivocado anduvo, sin embargo, el rey de los franceses cuando se lisongeó de que el cambio de ministerio induciría al gabinete inglés á hacerle alguna concesion en la cuestion de Oriente para ayudarle á tajar la boca al partido de la guerra en Francia, porque Palmerston contestó vivamente: «¡No faltaria mas que las potencias europeas hubiesen de sacrificar sus intereses mas importantes ante el deseo de calmar á la chusma revolucionaria de París y de tajar la boca á los periódicos republicanos! No hay error mas craso que pensar se puede atraer por medio de concesiones á los que quieren intimidarnos. Todos los franceses anhelan engrandecer su territorio á expensas de otras naciones, y todos comprenden que la alianza con Inglaterra es un obstáculo para semejante concupiscencia. Yo no les cuento por crimen el no querernos; su vanidad los empuja á querer ser la primera nacion del mundo, y á cada paso observan que estamos á la altura de ellos. Es una desgracia para la Europa que tenga semejante indole una nacion tan grande, tan poderosa; pero esto no impide que las demás naciones se conenzan del hecho.» Metternich se mostró mas accesible á las razones de Luis Felipe y las apoyó diciendo que si se quería que continuase sirviendo de dique contra la revolucion no se le debía quitar fuerza.

RESTAURACION Y REVOLUCION

Un suceso inesperado desenmarañó súbitamente la cuestion de Oriente, simplificó su solucion y facilitó la vuelta de la Francia al concierto europeo. Hallándose anclada en el puerto de Alejandría la escuadra inglesa, mandada por Napier, este indujo con pocas razones al virey, que ya estaba muy descorazonado, á firmar con él en 27 de noviembre un convenio en el cual se obligó á evacuar la Siria y restituir la escuadra turca, en cambio de la posesion hereditaria del Egipto. La noticia fué una sorpresa para las potencias y para la Turquía, porque ninguna autorizacion tenia Napier para celebrar tratados, pero las potencias aceptaron esta solucion y la Puerta no tuvo mas remedio que ahogar la indignacion que le había causado semejante arbitrariedad y conformarse. En 13 de febrero de 1841 recibió Mehemet Ali el gobierno hereditario de Egipto, con la obligacion de pagar un tributo anual de 30 millones de piastras, de realizar una disminucion del ejército, de conceder á todos los súbditos la igualdad ante la ley y los derechos políticos, y de no exigir otros impuestos fuera de los que regian en las demás provincias del imperio turco, cuyo soberano se reservaba tambien el nombrar los altos jefes de la fuerza armada.

Todo fué aceptado, y firmada la paz, declararon las potencias caducado el convenio del 15 de julio y firmaron, en 13 de julio de 1841, otro nuevo en Lóndres, en el cual entró la Francia, y en virtud del cual se prohibió el paso de los dos estrechos, el de los Dardanelos y el del Bósforo, á los buques de guerra de todas las naciones. Este convenio aseguró á los cristianos de la Siria el libre ejercicio de su religion, declaró libre la navegacion del Mar Rojo y del Golfo Pérsico y reconoció y garantizó la independencia é integridad del imperio turco, con lo cual quedó admitida esta potencia por primera vez en el derecho internacional europeo.

La tempestad política que había amenazado conmover la Europa con el estruendo de las armas, quedó deshecha; el czar, si bien no supo ocultar su mal humor por no haber podido castigar á su gusto á la Francia liberal, habíase asegurado el dominio exclusivo en el Mar Negro y había conseguido, además, con la conservacion del poder del virey de Egipto, un elemento permanente de debilidad para la Turquía. Lord Palmerston, y con él la Inglaterra, se felicitaron de haber suplantado el protectorado de la Rusia sobre la Turquía con el de las cinco potencias, y haber asegurado la comunicacion directa con la India. En Alemania no se borró esta vez el efecto de las amenazas insolentes de la Francia, y el pueblo francés no olvidó ni perdonó la humillacion sufrida. Su instinto le decía que debía la derrota que había experimentado á la política personal de su rey.

#### CAPITULO IV

##### LA IGLESIA

Al espirar el siglo pasado había recibido un golpe mortal el antiguo espíritu religioso dogmático eclesiástico, engendrado en un período anterior de desarrollo de la humanidad, y habíase asomado, pidiendo puesto, una concepcion filosófica de la divinidad con una moral mas elevada, y adecuadas ambas á la razon humana mas desarrollada. Los mas avanzados se contentaron con poder arrojar el disfraz de la vida devota antigua y mostrar su incredulidad religiosa en toda su desnudez, pero tambien hubo muchos, y entre ellos figuraron los genios mas nobles y mas ilustres de aquella época, que no contentos con haber llegado á este punto, en que no merecian ya ocupar la atencion de las personas ilustradas las diferencias y contiendas entre las diversas religiones, sectas y cultos, deseaban propagar el culto de los senti-

mientos humanos y preparar el camino a una nueva era, libre del influjo clerical con sus disputas sobre dogmas, sus supercherías, sus odios y persecuciones. La revolución francesa dió al traste no solo con el antiguo régimen político sino también con el religioso; pero la fraternidad proclamada en su lugar se trocó en persecución, la libertad en servidumbre, la caridad en odio y matanza, y la guerra y la miseria que llevaba en pos de sí tenían los pueblos postrados y casi exánimes.

Tantas calamidades produjeron en los ánimos débiles una transformación honda. En medio de la lóbreguez y de las ruinas de una era condenada a desaparecer las almas desesperanzadas dirigieron su mirada al cielo, a la Divinidad imperecedera. Los caudillos y poetas de los alemanes en la guerra contra Napoleón, cuando este hubo regresado de su triste campaña a Rusia, estaban animados todos de una religiosidad sincera, y bien pudieron decir que el valor con que los soldados y voluntarios arrojaron la muerte era una religión, no un entusiasmo efímero, sino una prueba del vigoroso renacimiento de la vida religiosa, que desde entonces manifiesta su vitalidad en todas las grandes ocasiones de la vida política social. Este renacimiento de la religiosidad de los siglos del feudalismo más grosero, lucha en el seno del protestantismo contra el espíritu moderno, lucha poco visible por fuera, aunque protegida poderosamente desde arriba, mientras todo el mundo ve los esfuerzos titánicos que hace en el mundo católico para sostenerse, ensanchar su dominio y aumentar sus conquistas.

#### El Ultramontanismo (1)

El ultramontanismo es fruto de nuestro siglo y del país que creyó haber destruido radicalmente y para siempre el dominio clerical. Desde Francia se propagó este movimiento eclesiástico, cuyo mayor triunfo fué el concilio de 1870, a todos los países católicos y protestantes.

La revolución francesa había despojado a la Iglesia de sus bienes, había perseguido a sus ministros con ensañamiento feroz, ahogado los estudios teológicos y sometido al clero a las leyes civiles. La nueva Iglesia creada por el concordato del año 1801, con su reconocimiento de las secularizaciones, el nombramiento de los obispos por el gobierno, la concentración de toda la enseñanza en manos del Estado y la completa igualdad de los cultos ante la ley, no era ya la misma Iglesia de antes del año 1789. El primer cónsul quiso el concordato para asegurarse por su medio un instrumento más de su gobierno absoluto. Sometidos los ánimos de la gran masa al papa, pensaba Napoleón hacerla mover por medio de este a su antojo; en realidad, jamás desde Clemente V se había postrado la Iglesia de Roma tan sumisamente ante el poder civil como ante Napoleón, y sin embargo, aceptó Pío VII este papel sin resistencia, porque ganaba con esto la destrucción completa de la libertad de la Iglesia galicana. Bien lo expresó el cardenal Pacca cuando dijo: «No ha sido desgracia ninguna, porque no poseyendo ya los obispos bienes inmuebles, prestarán oído más sumiso a la voz del sumo pontífice, y es de esperar que en adelante tengamos un clero, si bien menos opulento, en cambio más ilustrado y más piadoso.» Había comprendido este prelado que, en adelante, la Iglesia romana había de contar con la ilustración y la religiosidad. En efecto, el puesto de los prelados mundanos y libre-pensadores que la revolución había dejado vacante, lo llenó un clero nuevo humilde, piadoso y

(1) Hânse aprovechado las obras alemanas: *Historia del concilio Vaticano* (1877), tomo I, págs. 34 y siguientes, por J. Friedrich.—*Poética clerical en el siglo XIX*, y otros escritos de Sybel.

dedicado al cumplimiento de sus deberes, que mal mirado en su país por el populacho revolucionario, y reglamentado y tratado sin consideraciones por el gobierno, dirigió su mirada a Roma en busca de apoyo y auxilio, olvidó el amor patrio, y en lugar de entusiasmarse por la independencia material y espiritual de su país, sometióse incondicionalmente a Roma en busca de un arrimo que solo podía encontrar en la unión absoluta de toda la Iglesia, dirigida por su cabeza el papa. Como se había realizado en Francia la completa centralización civil, así se efectuó también la eclesiástica, y con el concordato Napoleón reconoció y consagró la auto-cracia del papa sobre la Iglesia.

La reacción general y poderosa que invadió la Europa con la restauración, después de la caída de Napoleón, fué aprovechada también por la Iglesia, y en el congreso de Viena hasta salió el papado más beneficiado que ninguna otra potencia. La revolución y Napoleón habían humillado a la Iglesia, razón más para que los vencedores la protegiesen; todos los reaccionarios, cualquiera que fuese su religión, vieron en el papa, como en los soberanos y en la nobleza, una víctima del tirano y de la revolución, un compañero de infortunio y un aliado más para evitar la repetición de tanta calamidad. El restablecimiento de los Estados de la Iglesia no admitía discusión, y tan poco pesaba en la mente de los reaccionarios y serviles el temor de perjudicar a las otras religiones y sectas aumentando el poder de la curia romana, que hasta aceptaron sin reparo y aun aplaudieron el restablecimiento de la Sociedad de Jesús por la bula: *Sollicitudo omnium ecclesiarum*, de 14 de agosto de 1814, el de la inquisición, el de todo el arsenal de la Iglesia de Roma, y hasta la proclamación pública de sus pretensiones antiguas al dominio universal y supremo. De esta conformidad de pareceres nació luego una alianza firmísima entre la Iglesia y el absolutismo, la expresión: *el altar y el trono*, como solidarios, se hizo de moda, ambos se habían encontrado en el camino de la reacción y del absolutismo intransigente, lo cual no impedía que la suprema autoridad de la Iglesia se cuidase menos del bien espiritual de su grey y de la victoria de la fe cristiana que de afirmar y extender su poder político y terrenal. Aquellos de sus servidores que llenos de ardiente fe se dedicaron con entusiasmo a servir a la Iglesia en el campo espiritual se vieron utilizados como instrumentos secundarios, pero desechados como estorbos cuando contrariaban en su celo los proyectos mundanos y principales de la curia romana.

El papado restablecido ocupó una posición análoga, respecto del nuevo estado de cosas, a la que tuvo en su tiempo Inocencio X respecto de la paz de Westfalia, es decir, que dejó hacer lo que no pudo impedir y aceptó los hechos consumados sin reconocerlos en principio. Pío VII, hombre pacífico, y el astuto cardenal Consalvi, su secretario y ministro principal, pensaban en el fondo de su alma sobre la relación entre la Iglesia y los poderes civiles exactamente como pensaron los papas Gregorio VII e Inocencio III, y el mismo espíritu animaba a los demás cardenales, que aunque divididos en exaltados y moderados, lo estaban solo respecto de los medios, no respecto del objeto final, en el cual todos estaban tácitamente acordes. Cuanto mayores progresos hacían los jesuitas, más se apoderaron de la dirección suprema en Roma, y más absoluto, decisivo y marcado se hizo el lenguaje del sumo pontífice. Tan pronto como en 1817 fulminó Pío VII su anatema contra la peste de las sociedades bíblicas, su sucesor León XII (Genga) volvió a celebrar en 1825 el jubileo romano, después de 50 años de omisión; y la encíclica en que el ciego discípulo de los jesuitas Gregorio XVI (Capellari) anunció al mundo su pontificado, fué

una declaración de guerra clara y explícita al espíritu moderno, porque reclamaba para los sumos pontífices el poder supremo terrenal y espiritual, la infalibilidad; condenaba como errónea la opinión de que el hombre pudiese alcanzar la gloria eterna por otro camino que no fuera el de la Iglesia católica, apostólica y romana; censuraba como ridícula y errónea la libertad de conciencia; anatematizaba la libertad de la prensa, el protestantismo, generador de revoluciones, y las ciencias modernas. Así como el catolicismo, después de las grandes pérdidas que le había causado la reforma protestante consiguió desde fines del siglo XVI, por los esfuerzos del jesuitismo, una serie de victorias brillantísimas, del mismo modo quiso la suerte que el jesuitismo moderno, efecto de las calamidades de la revolución, consiguiese victorias nuevas y sorprendentes en extremo.

Así como los ánimos débiles necesitan, para vivir tranquilos, una norma autoritaria, necesidad que los impulsa a refugiarse bajo el manto de la religión católica, del mismo modo las almas románticas por una razón análoga se encargaron de preparar en todas partes el terreno al ultramontanismo que en Alemania tan bien se hermanaba con la afición general a todo lo que se refiere a la Edad media. Los románticos todos de buena gana se habrían hecho católicos, y hasta en la literatura perdió Shakespeare terreno y Calderón se hizo de moda. Esta corriente existía también en Francia, si bien bajo una forma menos servil, menos rústica y menos esclava de la imitación, pero más esplendorosa y penetrada de más númen; ella dió un éxito inmenso al *Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand.

La vuelta de Napoleón de la isla de Elba y las grandes desercciones que promovió en Francia abrieron los ojos a los reaccionarios clericales, poéticos y caviladores, respecto de la ninguna solidez y eficacia que tenía ya el trono borbónico, y más que nunca concentraron sus esperanzas místicas en la Iglesia, edificada sobre la peña indestructible de San Pedro, como base única sobre la cual debía construirse la nueva sociedad que acariciaban en su imaginación hombres como Chateaubriand, Bonald, el vizconde publicista Arlincourt, y De Maistre, el célebre embajador de Cerdeña en San Petersburgo, con la reserva mental de permitirse individualmente digresiones de las reglas sociales. Eran estos los heraldos precusores de la nueva humanidad piadosa y sumisa a Roma; tras ellos vino el profeta y apóstol verdadero del ultramontanismo, el cura breton Lamennais, cuya fe, ardor, fantasía e ignorancia de los hombres y del mundo, le dieron el valor, la obstinación y el fanatismo que necesita todo apostolado si ha de producir efecto, arrebatando tras sí las imaginaciones de grandes y pequeños. Por esto y por su convicción ardiente, su elocuencia arrebatadora y su dialéctica soberana hásele llamado «el último Padre de la Iglesia.» Su obra: *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* (1), que publicó en 1818, es una apología brillante del dominio espiritual y terrenal de la Iglesia romana como los papas lo pretendieron abiertamente en la Edad media; fué una voz poderosa para regenerar aquellas almas aristocráticas que conservaban la idea, general a últimos del siglo pasado, de que la fe religiosa era una cosa necesaria para el pueblo bajo pero de la cual podían dispensarse las personas ilustradas. A la débil y vanidosa razón humana oponía la infalible razón divina, representada por la Iglesia, y a los gobiernos y leyes mundanales, la supremacía del gobierno teocrático. Ya nueve años antes había atacado el mismo autor, con extremada violencia, al galicanismo en su obra: *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia*, y mucho

(1) Edición última, París, 1872, cuatro tomos.

mas lo hizo en otra titulada: *De la religión considerada en sus relaciones con el orden civil y político*, que publicó en 1825 y 1826, y en la cual demostró la vaciedad e ineficacia del galicanismo en frente del espíritu moderno, galicanismo que le pareció tan cismático como el luteranismo y el calvinismo. El alto clero francés, aunque ya parcialmente ultramontano, todavía conservaba entonces en su mayoría las tradiciones galicanas, y una reunión de 14 prelados redactó una petición, a la cual se adhirieron 60 prelados más, en la cual suplicaron al rey que no permitiese la propagación de las doctrinas anti galicanas de Lamennais. En efecto, este último fué condenado a una multa insignificante, que solo sirvió para aumentar sus brios y fanatismo. Encontró oídos dóciles en el bajo clero, oprimido por los obispos, que desde que la carrera eclesiástica había perdido sus anteriores ventajas se reclutaba entre la clase rural pobre, y recibía un barniz de estudio en los seminarios y mucho odio a todo lo que tenía apariencias de liberal. Este clero, que del gobierno nada podía esperar y de Roma todo desde el fracaso del concordato del año 1817, estaba en masa a favor de la supremacía absoluta del papado; pero a pesar de tantos y tan valiosos auxiliares el ultramontanismo tenía en su contra en Francia la oposición liberal y la mayoría de la nación. Hasta el mismo gobierno borbónico se opuso a las extralimitaciones de los ultramontanos; expulsó a los jesuitas, mandó cerrar sus seminarios no autorizados y prohibió las misiones interiores. Por esto, en su día Lamennais y sus secuaces miraron con indiferencia, y hasta con satisfacción, la caída del trono de los Borbones, y el mismo alto clero ingresó al fin, pero con decisión, en el partido ultramontano.

A contar desde 1830, el ultramontanismo se desarrolló también fuera de Francia vigorosamente y en todas partes fué ensalzado y admirado. El célebre irlandés O'Connell, discípulo de los jesuitas, fué elogiado universalmente por haber conseguido, como adalid de la libertad, la emancipación de los católicos en Inglaterra, y haber preparado con sus discursos, como Lamennais con sus escritos, el terreno para introducir por primera vez el ultramontanismo en la constitución de Bélgica, gracias al partido de Merode y del republicano Potter. En Bélgica el ultramontanismo, seguro de su dominio, pidió y obtuvo que en la constitución se consignara su doctrina de la libertad de la Iglesia, es decir, de su completa separación del Estado, el privilegio de la instrucción, de la libre propaganda y la restitución de los bienes eclesiásticos. La Bélgica, nacida de una revolución liberal, fué la tierra privilegiada del ultramontanismo, y cuando el gobierno quitó al clero la intervención en la instrucción universitaria, el partido ultramontano fundó al instante con sus recursos propios una universidad católica en Malinas y después en Lovaina.

Entre tanto, fué creciendo la corriente ya caudalosa del ultramontanismo en Francia, tanto que Talleyrand pudo decir que no había nada más anti-aristocrático que la incredulidad en materia religiosa (2). La ostentación de devoción era entonces para la mayoría de la aristocracia, especialmente para la parte femenina, el único modo fácil de distinguirse del vulgo, a falta de los antiguos privilegios feudales. En esta sociedad de igualdad democrática, en la cual todo es apariencia y vanidad, medró el ultramontanismo con una lozanía que jamás habría alcanzado entre gente sincera y verdaderamente piadosa y cristiana. La sociedad de San Vicente de Paul, fundada principalmente por Ozanam, el erudito abogado, catedrático, filósofo católico y literato, se desarrolló rápidamente y llegó a ser desde el primer día una

(2) Sainte-Beuve, *Neuveaux Lundis*, tomo XII, pág. 113.